

# Los límites de Brasil

Ángel Rivero

Universidad Autónoma de Madrid

*El Atlántico es el río Leteo, al atravesar el cual hemos tenido la oportunidad de olvidar el Viejo Mundo y sus instituciones.*

Henry David Thoreau, *Caminar*, 1862.



Almeida Negreiros recuerda la hazaña de Décimo Junio Bruto.

Cuando Décimo Junio Bruto llegó con sus soldados en el 137 a.C. a lo que hoy es el río Limia y quiso cruzarlo, éstos se negaron aduciendo que se encontraban frente al Leteo y que, si lo hacían, perderían sus recuerdos y, confundidos, serían derrotados por sus enemigos. Algunos filólogos (Witczak, 2003) haciéndose cargo de la abundante documentación clásica sobre estos hechos han señalado que el hidrónimo lusitano *Limaia* significaría originariamente *olvido* y que los aborígenes, al comunicárselo a los romanos, habrían despertado en éstos la identificación del Leteo, del río *Oblivio*. Con ser fascinante la etimología de la palabra, desde la perspectiva de la filosofía del espacio político, el río Limia más bien nos habla de un *limes gallaecia*, de una frontera que en la difusa territorialidad

de los romanos remitiría a un límite borroso en el que acabaría el dominio de Roma y comenzarían esas tierras del más allá que se llaman galicias.

Décimo Junio Bruto tomando en su mano el estandarte de Roma, vadeó con su caballo el río, y desde la otra orilla fue llamando uno a uno y por su nombre a sus soldados. Así cruzaron el Limia, lo que les permitiría conquistar la Gallaecia y al hacerlo ampliaron sus dominios hasta el mar, finisterre. Por esta hazaña Bruto recibió el apodo de galaico.

Brasil, que nació con vocación de imperio, acaba de alcanzar el puesto de sexta economía mundial, desplazando a Gran Bretaña, de modo que su crecimiento parece no tener límites. Como Roma, Brasil persigue expandirse hasta llegar alcanzar unos confines inmensos. Sin embargo, este Brasil que cada vez más acaricia la realización de su ideario de ser potencia mundial tiene problemas precisamente con sus límites.

Problemas que, por cierto, antes no tenía sino que son problemas sobrevenidos por razón de su propio éxito intentando alcanzar un sueño muy ambicioso. En este artículo mostraré cómo ha enfrentado Brasil sus límites en el pasado y qué límites encuentra en el presente.

Para tratar el tema que planteo utilizaré libremente las categorías de la geografía política. Como no podía ser de otra manera, los conceptos límite, borde, frontera, raya, etc. cargan sobre sí el peso de su uso en la lengua y no la definición estipulativa que la geografía política quiera adjudicarles, si es que lo quiere. Durante generaciones, la referencia a la demarcación de territorios ha tenido un carácter aproximativo, de forma que es el uso de categorías del lenguaje corriente y no un arsenal de conceptos técnicos cerrados, el que ha caracterizado comunicativamente tal actividad. Sobre el difuso panorama de tales conceptos en la lengua inglesa puede verse Newman (pp. 123-137) y para una operacionalización muy eficaz de estos conceptos aplicada al caso de Brasil véase Nogueira. Es por ello que límite hace aquí referencia a aquello que marca el contorno exterior de algo, sea en el espacio sea en aquello que se quiera alcanzar. En ocasiones, límite en su sentido geo-político referirá a frontera.

En el propósito de traspasar unos límites no hay novedad en el Brasil contemporáneo porque la historia de este país puede verse como el intento constante y permanente por superarse. En primer lugar, la línea trazada por el Tratado de Tordesillas en 1494 que fijaba una línea vertical a 370 leguas de las islas de Cabo Verde. Brasil, antes de haber sido descubierto en 1500, ya ocupaba un espacio dentro de un mundo portugués al que se atribuían unos límites que poco después habrían de ser franqueados. Así en los tratados de Madrid, de 1750, que entregaba todo el Amazonas a Portugal y en el de San Ildefonso de 1777 que corregía el anterior en la frontera del Río de la Plata. Ahora bien, si contemplamos el plano de Luis de Teixeira de 1574 ya encontramos que los límites de Brasil son el espacio comprendido por el Atlántico al oriente, el Amazonas al norte, el Río de la Plata en el sur y, al oeste, un espacio vacío por definir.

En el artículo “Brasil: de isla imaginada a continente conquistado” he señalado que desde su azaroso descubrimiento por Pedro Álvares Cabral, un hombre de Belmonte, en el interior de Portugal, que comandaba una expedición a la India en 1500, Brasil siempre se concibió como un territorio con unos límites naturales claramente definidos: primero como una isla y después como un gran espacio perfectamente acotado entre el océano Atlántico, el Río de la Plata, el río Amazonas y los Andes. Pues bien, la vocación original y permanente de Brasil fue hacer realidad política ese espacio natural original.



Luis de Teixeira, Brasil en 1574

La realización de este proyecto implicaba dar realidad política pero también material a los límites internos y externos de Brasil. En el terreno interno lo que se buscaba era transformar un país costero, vinculado por el cabotaje marítimo, en un país que se extendiera hacia el interior, haciendo retroceder el *sertão*, esto es, el desierto que ocupaba todo el espacio de ese gran territorio que era expresión geográfica pero aún no humana ni política. Se trataba pues de mover el límite interior hacia su límite geográfico a través de la exploración, transformación y ocupación de un espacio donde, así se percibía, el hombre estaba ausente.



Este desafío interno de la ocupación interior de un desierto, esto es, de un espacio todavía sin habitar dio lugar a unas intensísimas políticas migratorias dirigidas a la colonización interior. El objetivo era muy claro, ocupar un territorio inmenso, permitiendo que el país en su dimensión poblacional estuviese a la altura del tamaño de su territorio.

Así, los datos para el Segundo Imperio resultan espectaculares: la población pasó de cuatro millones de habitantes a catorce. En el censo de 1819 se señalaba una población de 4.600.000 habitantes, de los cuales 800.000 eran indígenas. En el siguiente censo, de 1872, se registraban ya 9.000.000 de habitantes que se convertían en 14.000.000 en 1890. Entre 1827 y 1930 Brasil recibió casi 4.000.000 de inmigrantes siendo el período de 1887-1914 el de inmigración más intensa con la llegada de 2.740.000 nuevos pobladores (Fausto, pp.166-173). Hoy Brasil es un gigante de 200.000.000 de habitantes.

Sin embargo, las políticas demográficas brasileñas no estaban dirigidas únicamente el aumento numérico de la población sino que tenían también una vertiente esencial dirigida a la calidad de la población brasileña. Esto es, no se trataba únicamente de llenar un espacio vacío sino que ese espacio debía ocuparse con una población cuyos rasgos se consideraban apropiados para dar fin a la construcción de una gran nación. En 1819 los blancos constituían únicamente un 30% de la población siendo el grupo más numeroso los negros (Sobre la esclavitud portuguesa en relación a Brasil, véase Duffy). En 1872 ya eran el 38% frente a un 42% de mulatos; un 20% de negros y un 10% de indios. Hoy en día el grupo más numeroso son los blancos (casi un 50%) de la población, seguidos de los mulatos (casi 40%), negros (10%) y un porcentaje insignificante de indios.

La ocupación interior de Brasil y la composición de su población es resultado directo de una política demográfica que primó durante los pasados siglos la instalación, mediante acuerdos y facilidades, de alemanes, suizos, franceses, portugueses, italianos y españoles. La cuestión de la declinante posición de la población negra en Brasil es muy llamativa pues pasó de constituir el 50% de la población en el momento de la independencia para acabar convirtiéndose en una minoría (Ver Bender, pp. 19-45) .

Esta política racial tuvo su apogeo a partir de la proclamación de la república en 1889. Los militares que acabaron con la monarquía imperial de Pedro II participaban de una ideología positivista en el que la modernidad estaba intrínsecamente asociada a la composición racial de la población. La república, que se presentaba como un instrumento de modernización de la sociedad, bajo los ropajes de una democracia nominal, hizo de la cuestión racial uno de los motores de transformación del país. Esta política quedó testimoniada de la forma más elocuente en la obra de Euclides da Cunha, el militar, científico y devoto republicano que consigno la terrible campaña de Canudos en su extraordinario libro *Os sertões* [*Los desiertos*, 1902].

La campaña de Canudos retrata las cinco intentonas que el moderno ejército republicano brasileño lanzó contra una multitud de miserables que habitaban el pueblo de Canudos, una aglomeración de chozas en torno a una iglesia en medio del desierto, allí se habían reunido bajo el liderazgo mesiánico de Antonio Conselheiro. Los modernos cañones Krupp y la doctrina de la Escuela de Guerra se estrellaron hasta cuatro veces contra la fuerza del desierto y de los sertanejos, obstáculos de la modernidad, hasta que fueron finalmente vencidos y diezmados.

Cunha, al narrar con elocuencia estos hechos, declara que Canudos fue “a nossa Vendéia”, esto es, que la naciente república brasileña encontraba en la Revolución Francesa el precedente y la inspiración de cómo se lograba el paso a una sociedad moderna: a través de una violencia que no sólo mutaba el paisaje políticos sino que precisaba de un baño de sangre que acabara, de forma necesaria, con el elemento humano que anclado en el viejo mundo se convertía en el obstáculo principal de la construcción del nuevo. Cunha no lo menciona pero está trasponiendo la lección terrible que Victor Hugo traslada en su novela *Quatrevingt-Treize* (1793), la guerra de La Vendée en la que los campesinos bretones se enfrentan a los soldados azules que venidos de Paris exigen que se declaren franceses. Esto es, que abandonen al rey, su religión y a su patria chica para aclamar la soberanía de la nueva nación. La Vendée es un baño de sangre, una guerra civil de una crueldad extrema, genocida que, sin embargo, es necesaria para Hugo por sus consecuencias.

Cunha es de la misma opinión y su juicio es parecido al de Hugo. Los sertanejos, como los campesinos bretones, tienen que ser eliminados aunque en la lucha hayan demostrado una inteligencia y una moral social muy por encima de lo que se les suponía.

Para Cunha el desierto (sertão) es lo contrario de la civilización pero no es la naturaleza. El desierto es la obra errada del hombre y, por eso, comienza por contarnos cómo se hace un desierto, para que así estemos en mejores condiciones de saber también cómo se extingue el desierto. De este modo nos explica que el agente desertizador sobresaliente es el hombre y que el desierto, en Brasil, es el resultado “del desastroso legado indígena” (da Cunha, vol. I. p. 73).

El desierto se remedia con civilización, esto es, con la transformación del orden semi-natural en un orden civil, político, social bajo la mano del Estado. Los romanos, concluye Cunha, fueron civilizadores porque impusieron ese orden sobre el caos del desierto.

Así el libro de Cunha principia por hablar del desierto para después hablar de los hombres y de lo que denomina apropiadamente “el problema etnológico de Brasil”, esto es, el problema de la calidad de la raza de la población brasileña. Para Cunha, que da voz al positivismo republicano de los militares brasileños, en ausencia de una nación unida en una raza de calidad, Brasil se encuentra en la tesitura de que carece de aquello que le parece fundamental en un Estado moderno. Por ello, como solución de remedio, el progreso de Brasil exige de la creación por el Estado de una raza-nación moderna:

“No tenemos unidad de raza. No la tendremos tal vez nunca. Estamos predestinados a la formación de una raza histórica en un futuro remoto si lo permite un tiempo dilatado de vida nacional autónoma. Invertimos, en este respecto, el orden natural de los hechos. Nuestra evolución natural exige la garantía de nuestra evolución social. Estamos condenados a la civilización. O progresamos o desaparecemos” (da Cunha, vol. I, pp. 90-91; Sobre Cunha en el contexto del pensamiento brasileño de la frontera véase Oliveira).

No es casual que la divisa de Brasil sea “ordem e progresso”.

Como señalé la mutación en la composición racial de la sociedad brasileña ha sido muy importante a lo largo de los últimos doscientos años. En realidad habría que apuntar a los quinientos años de historia de Brasil. ¿Podemos decir que se ha cumplido el sueño de Cunha? Quizás. Pero el alto nivel de violencia interna en la sociedad brasileña señala que el sueño no está completamente cumplido y que esas favelas, bolsas autárquicas que escapan al control del Estado, son nuevos Canudos que el ejército y la policía, buscan hacer desaparecer para que el progreso continúe.

Hoy día, *Os sertões*, la gran obra de Euclides da Cunha, a pesar de su ambigua filosofía racial, es lectura obligatoria para los escolares brasileños.

Vale la pena notar que el reverso de la narración de Cunha de la ocupación interior de Brasil como un combate contra el desierto y contra las dificultades de la calidad de la nación brasileña se encuentra en la obra del no menos célebre Gilberto Freyre, en particular en su obra de 1933 *Casa-grande e senzala* (Casa principal y galpón). De acuerdo con Freyre, Brasil vendría a ser una gran hacienda donde la casa de los amos y el corral de negros no vendrían a señalar dos espacios radicalmente separados y marcados por la dominación del primero sobre el segundo sino un único espacio donde las relaciones horizontales producían un eficaz intercambio sexual y cultural.

De esta manera, la excepcionalidad brasileña no radicaría en la existencia de un Estado en ausencia de nación sino en la feliz integración de colonos, esclavos e indígenas en un mismo espacio de relaciones productivas. Para Freire la originalidad de Brasil radica en que sus conquistadores, los portugueses, tienen una capacidad especial de integración en los trópicos (luso-tropicalismo) que les impele a integrarse en los mismos sin ejercer la fuerza de la dominación ideológica o racial. Por el contrario, los españoles serían portadores de una furia inquisitorial que les haría conquistadores y destructores de civilizaciones; por su parte, los ingleses, llevados por el puritanismo a una idea de la pureza racial donde la relación con las otras razas, indígenas o africanas, serían necesariamente agentes de dominación o conflicto. Para Freyre, a diferencia de los anteriores, el colonizador portugués es una figura vaga y sin contorno, al que le falta la



llama guerrera y la ortodoxia del español; y al que falta igualmente las líneas angulosas y duras del puritano inglés. Las carencias del portugués son, sin embargos, sus virtudes: es un contemporizador, “sin ideales absolutos, y sin prejuicios inflexibles” (Freyre, pp. 265). No deja de ser simpático que Freyre para alabar al portugués celebre su estupidez y su inepticia. La comparación en esto con el español (ibid y ss.) no tiene desperdicio.

Como era previsible, la obra de Freyre ha sido criticada con acritud por, sencillamente, inventar una realidad que difícilmente acomoda la historia y los datos (una y otros totalmente ausentes en su gran obra) (Véase Bender, pp.3-18; Medina) pero particularmente por prestarse a jugar el papel de intelectual orgánico de la dictadura de Antonio de Oliveira Salazar en Portugal. O, por precisar, no tanto por defender el *Estado Novo* como por legitimar la dominación portuguesa sobre sus “provincias de ultramar”. Esto es, curiosamente, Freyre no ha sido tan criticado por formular una ideología de la paz racial brasileña como por legitimar el imperialismo portugués y, al hacerlo, convertirse en defensor de su validez contemporánea.

El régimen de Salazar percibió que los vientos colonizadores que soplaban tras la Segunda Guerra Mundial ponían en entredicho su imperio y, por tanto, el excepcionalismo imperial portugués teorizado por Freyre en los años 30 constituía una herramienta fundamental para justificar nuevamente la excepción de un imperio colonial en un mundo descolonizado. Es por ello que Freyre fue agasajado sin cuento por el Portugal de Salazar y se le invitó con gastos pagos a visitar todo el imperio entre 1951-1952. Nueve meses de paseo por Cabo Verde, São Tomé e Príncipe, Guiné-Bissau, Angola, Mozambique y el llamado Estado Portugués de la India (Diu, Damão y Goa). Sólo le faltó por visitar Timor y Macau (para una crítica de cómo fue recibido por los intelectuales locales Freyre ver Medina). El mismo Freyre quiso presumir de independencia (política y económica) al responder a sus críticos que le acusaban (como nos dice en el prólogo de *Um brasileiro em Terras Portuguesas*, 1952, de “vendido al fascista Salazar” o de estar al servicio del “decadente Portugal”, pero no alcanzó mucho éxito. Incluso los que le recibieron

cordialmente en Portugal se ocuparon de divulgar su necesidad compulsiva de halago y celebración.

Sin embargo, Brasil, gracias a Freyre puede presumir de ser un país que ha dejado atrás, sea verdad o no, el conflicto racial, que ha integrado en una narración única su constitución como nación y que, por tanto, ha producido un pueblo inmenso para un territorio gigantesco.

Ciertamente hay en todo esto bastante paradoja. En primer lugar, como acabo de referir, en relación a que la apología del mestizaje de Freyre no se corresponde con la realidad del Brasil y mucho menos con la del resto del imperio colonial portugués. En segundo lugar porque el propio Freyre buscó eludir una narración nacional brasileña en su teorización y apeló a categorías geo-políticas mucho más amplias. Para él, el lusotropicalismo apela a un “un conjunto de regiones tropicales (...) que forman un área total”, de esta manera elude conceptos restrictivos como nación o Estado, prejuicios en sus visión, que impiden “acceder a la perspectiva totalizante inmanente al objeto, en este caso, la civilización inter-racial nacida en el espacio de colonización portuguesa” (Pinto, p. 152).

Blaise Cendrars, en su libro sobre Brasil enumerará el catálogo de razas brasileñas de Euclides da Cunha para celebrar que finalmente, en 1952, se pueda hablar de “un hombre nuevo”, “el brasileño” de forma que se testimonia que el propósito de construir una nación a la altura de la exigencia civilizatoria de Brasil ha sido por fin alcanzado (Cendrars, p. 23).

Pero el proyecto de Brasil no era únicamente el de hacer retroceder los límites internos y llevar así la civilización al desierto, al sertão. Ni tampoco incardinar Brasil en un excepcional espacio luso-tropical. También estaba el proyecto no menos crucial de hacer que los límites externos alcanzaran en su dimensión política la magnitud geográfica de ese Brasil imaginado como un espacio completo, diferenciado y, para que esto sucediera, el proyecto imperial de Brasil necesitaba del reconocimiento de sus límites exteriores por sus vecinos y por el mundo.

Si el proyecto de colonización interna de Brasil puede dar lugar a las dudas y preocupaciones, por sus implicaciones ideológicas y por el resultado de éxito o fracaso que se le pueda atribuir, en el terreno de la delimitación

exterior de su frontera, el caso de Brasil debería figurar en el libro de oro de la inteligencia diplomática.

Las constricciones a las que se enfrentaba Brasil eran tan extraordinarias que resulta difícil creer que la empresa de la demarcación de sus límites externos pudiera ser coronada de forma tan temprana, pacífica y exitosa en términos de ganancia territorial.

Brasil ocupa más de 8.500.000 km<sup>2</sup> y su litoral se extiende a lo largo de 7.367 km pero, y esto es lo más impresionante en relación a sus límites, Brasil hace frontera con 10 países:



Desde el sur hasta el noroeste, Brasil hace frontera con Uruguay (1.069 Km); Argentina (1.261 km); Paraguay (1.366 km); Bolivia (3.423 Km); Perú (2.995 km); Colombia (1.644 km), Venezuela (2.199 km); Guyana (1.606 km); Surinam (593 km) y la misma Francia (Departamento Ultramarino de Guyana, 750 km). La frontera terrestre de Brasil se extiende pues por diez países y 16.886 km.

Lo extraordinario del caso es que, salvo en relación a Paraguay, el resto de las fronteras se determinaron de forma pacífica: por acuerdo directo o por arbitrio internacional utilizando en unos casos la documentación histórica, el principio de “uti possidetis” o la diplomacia económica.

La guerra de la Triple Alianza o de Paraguay enfrentó a este país con Uruguay, Argentina y Brasil. Su duración fue de cinco años, desde el 11 de noviembre de 1864 al 1 de marzo de 1870. Paraguay fue ferozmente destrozado y terminó por ceder parte de su territorio a Brasil y Argentina. Pero este no fue el mayor precio que tuvo que pagar: la mitad de su población pereció como consecuencia directa del conflicto. Así, pasó de tener 406.000 habitantes en 1864 a 231.000 en 1872. Los supervivientes eran, además, ancianos, mujeres y niños.

Los efectos para Brasil también fueron duraderos en el orden interno. Nuevo endeudamiento con Gran Bretaña, que ya había financiado su independencia, y crecimiento del tamaño y del descontento de un ejército que se convertirá así en un actor político principal.

En cualquier caso, desde 1870 Brasil no ha tenido guerras con sus vecinos. Ha participado, eso sí, en las dos grandes contiendas mundiales del lado de los aliados en razón de sus vínculos con las potencias hegemónicas de los siglos XIX y XX: Gran Bretaña y los EE.UU. (primer país que reconoció su independencia).

Un dato sobresaliente en relación a la capacidad diplomática de Brasil para conciliar su política de fronteras con sus vecinos es que ésta se debe casi en exclusiva a una única persona, que la protagonizó además en un período turbulento de la vida política brasileña: el final del Segundo Imperio y la proclamación de la Primera República (1898). Resulta sobresaliente que los costes que entraña todo cambio de régimen político

no repercutieran en Brasil sobre su política exterior. La quiebra de la monarquía constitucional y la proclamación de la república no aparejaron una quiebra de la acción exterior brasileña, lo cual mostro cierta altura en los nuevos incumbentes del poder político republicano, pero sobre todo una inteligencia y un patriotismo sobresalientes en la figura de José María da Silva Paranhos, Barón de Rio Branco (1845-1912) más conocido por Rio Branco, nombre con el que firmaba (los datos que siguen en Jorge).

Rio Branco era hijo del Vizconde de Rio Branco, ministro de exteriores del Imperio Brasileño y autor de la famosa ley del vientre que emancipaba a los hijos de esclavos.

Rio Branco hijo estudió derecho en São Paulo y Recife, licenciándose en 1866. Fue corresponsal, durante la guerra de la triple alianza, del periódico parisino *L'illustration* y desde 1869 a 1875 diputado por Mato Grosso. El ser testigo de la guerra de Paraguay hizo para siempre a Rio Branco un pacifista convencido y radical. Este pacifismo encuentra su cauce en la carrera que como diplomático emprende en 1876 al ser nombrado cónsul en Liverpool. En 1888 fue nombrado Barón de Rio Branco.

En una enumeración somera de sus logros diplomáticos en relación a la determinación pacífica de las fronteras de Brasil deberían figurar los siguientes:

En 1893 Rio Branco representa a Brasil en la vieja disputa por la frontera con Argentina en la provincia de Misiones. En 1895, el presidente de los Estados Unidos de América, árbitro en dicho pleito, Grover Cleveland, falla en favor de Brasil que recibe un territorio de 13.680 millas cuadradas.

En 1896 se produce el reconocimiento británico de la soberanía brasileña sobre la isla de Trinidad.

En 1900, tras una meticolosa justificación de Rio Branco, el gobierno suizo, que actúa de árbitro, concede a Brasil 101.000 km<sup>2</sup> en la delimitación de la frontera con Guyana.

En 1901 Rio Branco es nombrado embajador en Alemania pero ese mismo año se le requiere que regrese a Brasil para hacerse cargo de la cartera de

Ministro de Asuntos Exteriores. Vuelve a Brasil tras 26 años de estancia en el exterior donde ha combinado la profesión diplomática con el estudio de toda la documentación relevante en bibliotecas europeas para la justificación de las demandas territoriales brasileñas.

En 1901 conflicto fronterizo con la Guyana británica que es resuelto a satisfacción brasileña con la mediación como árbitro del Rey de Italia en 1904.

En 1903 por el tratado de Petrópolis queda resuelto el litigio con Bolivia en relación al territorio de Acre. Este es uno de los logros más discutidos de Rio Branco y muestran la versatilidad de su visión exterior. La cuestión de Acre hacía casi imposible la guerra entre Bolivia y Brasil. El territorio en litigio era boliviano de derecho pero, en su abandono, había sido largamente poblado por colonos brasileños. La pretensión boliviana de hacer efectiva mediante explotación económica su titularidad sobre el territorio significaba directamente la confrontación con los colonos que se veían impelidos a defender por las armas la situación de hecho en la que se encontraban. Brasil no habría podido quedarse al margen de un conflicto en el que estaba doblemente involucrado por sus dimensiones territorial y poblacional.

Así pues, en ausencia de títulos que permitirán un arbitraje beneficioso para Brasil, Rio Branco implementó una política pacifista basada en el reconocimiento de los hechos y el desarrollo de una política de diplomacia económica que combinada con otra de cesión simbólica de territorio hiciera que el honor boliviano no se sintiera agredido.

Así, por el dicho tratado, Brasil pagaba a Bolivia 2.500.000 de libras esterlinas y entregaba además 3.200 km<sup>2</sup> de su territorio. A cambio recibía el territorio de Acre, rico en recursos naturales y que ocupaba 191.000 km<sup>2</sup>. Rio Branco había evitado la guerra mediante un oneroso pago pero que se compensaba holgadamente por lo recibido.

El 8 de septiembre de 1909 se firmó el tratado de límites con Perú que zanjaba la cuestión de las pretensiones peruanas sobre el río Javará. En mi artículo "Brasil, de isla imaginada..." me he ocupado del papel tan importante que jugó en la determinación y exploración del río Euclides da



Cunha y también, sobre todo, de las reflexiones tan importantes en relación a la política exterior de Brasil que dejó como testimonio de esta experiencia.

En 1907 se firma el tratado de límites con Colombia y el 30 de octubre de 1909 se vuelve a definir a beneficio de Uruguay y por impulso del pacifismo de Rio Branco la frontera entre ambos países. Además, y como continuación de la vinculación con Gran Bretaña, Rio Branco impulsa el panamericanismo y el establecimiento de un vínculo especial de Brasil con los Estados Unidos de América.

En suma, Rio Branco imprimió un rumbo pacifista en la política exterior brasileña que buscó, con éxito, conciliar la expansión territorial de Brasil con la demarcación no conflictiva de sus fronteras bajo el reconocimiento de sus vecinos, cerrando toda posibilidad futura de litigio.

En este sentido es paradigmática la propuesta de Rio Branco de conceder graciosamente a Uruguay el condominio de la laguna de Mirim y del río Jaguarão, pues de esta manera se desactivaba un agravio que pudiera crear conflictos en el futuro.

En relación al vínculo con los Estados Unidos, ya he señalado que este país fue el primero en reconocer la independencia de Brasil. En 1824 se abrió la primera legación brasileña en Washington y ese mismo año Brasil hizo suya la doctrina Monroe que buscaba extirpar la influencia europea en América. En 1905 la representación diplomática brasileña en Washington es elevada a la categoría de embajada, a propósito de lo cual Rio Branco escribió un artículo, bajo el pseudónimo de J. Penn, en el *Jornal de Comercio* que celebraba este hecho y que llevaba por título “O Brasil, os Estados Unidos e o Monroismo”. Joaquim Nabuco fue nombrado primer embajador en Washington.

Por tanto, cabe decir que Rio Branco (1845-1912) tuvo la enorme capacidad de resolver muy pronto y a entera satisfacción de los intereses brasileños el deslinde de una frontera inmensa que alcanza diez países.

Así pues, ¿puede decirse que Brasil, en el terreno de sus límites exteriores alcanzó todos sus afanes a principios del siglo XX?

La respuesta inmediata parece que debiera ser que sí. Pero la realidad es mucho más compleja.

El desarrollo interno y externo de Brasil, la compleción de su sueño imperial como potencia de la América meridional, contrapuesto a la potencia americana septentrional ha generado una situación nueva, inédita, que pone de relieve, de nuevo, el problema de los límites de Brasil. Veamos someramente cuáles son estos nuevos problemas de los límites de Brasil.

En primer lugar, Dilma Rousseff, presidenta de Brasil, tiene que enfrentar el hecho de que su país se ha convertido en el segundo mercado mundial de cocaína. Algo que no puede desligarse de la aparición de una cada vez más amplia clase media. El número de consumidores habituales de cocaína brasileños se estima entre 1 millón o hasta 2 millones.

Además, la mitad de los cerca de 17.000 km de la frontera brasileña transcurren en vecindad con los tres principales productores mundiales de cocaína: Bolivia, Colombia y Perú. Repárese en el hecho de que sólo la frontera de Brasil con Bolivia es más extensa que la de EE.UU. con México y que, en el caso que nos ocupa, la vigilan un puñado de soldados mal equipados. Es por ello que la presidenta brasileña estableció en 2011 un plan estratégico de fronteras que buscaba reforzar numéricamente el contingente y dotarlo de medios más eficaces: antes había un soldado cada 16 km y ahora se busca incrementar su número y complementarlo con el control fronterizo por medio de drones.

La cuestión de los tráficó fronterizos se ha interpretado como un problema de seguridad nacional que involucra a la defensa en tanto quiebra de soberanía. Esto es, que la cuestión de los límites externos de Brasil ha adquirido un perfil nuevo y muy distinto del mundo magistralmente diseñado por Rio Branco.

Además, el problema adquiere una dimensión de Estado mayor si reparamos en que Brasil no quiere que su conversión, largamente acariciada, en potencia mundial sea algo que únicamente figura en las tablas de indicadores. Brasil quiere que expresamente aparezca refrendado este nuevo papel con una visibilidad global que solo otorgan

los grandes acontecimientos planetarios. Así, igual que China quiso bautizarse como potencia en las olimpiadas de Pekín de 2008, Brasil ha preparado una serie de celebraciones para ritualizar su nuevo estatus: Copa Confederaciones de 2013 (deslucidas por la inesperada protesta social de la clase media); Campeonato Mundial de Fútbol en 2014; y como coronación Olimpiadas en Rio de Janeiro en 2016.

Este doble desafío de seguridad interna y de proyección exterior se ha visto acompañado de una serie de políticas que vale la pena atender. En primer lugar, y a diferencia de otros países de América del Sur, Brasil ha reforzado su colaboración con los EE.UU. en la lucha contra las drogas y, además, lo ha hecho en términos conceptuales e implementación de políticas de seguridad de cierta dureza. Así, desde el año 2000 la población carcelaria de Brasil se ha duplicado holgadamente; las requisas de droga se han multiplicado, también desde el 2000, por seis.

También es importante señalar que los problemas de tráfico fronterizo ilícito, con incidencia en su seguridad interior, de Brasil están vinculados directamente a problemas que trascienden sus fronteras.

Algunos de estos cambios tiene relación con Colombia, país que ha dejado de ser el primer productor de cocaína del mundo; que ha conseguido reducir desde 2000 a la mitad las tierras dedicadas a su cultivo; cuyo potencial productivo ha caído desde las 700 toneladas métricas hace doce años a las 200 toneladas actuales.

Pero no solamente hay cambios en la producción que luego veremos cómo afectan a Brasil sino que hay también cambios determinantes en el consumo. Así el Informe Mundial de Drogas de Naciones Unidas de 2012 (UN's 2012 World Drug Report) señalaba una reducción de dos tercios en el consumo de cocaína en los EE.UU., históricamente el mercado más importante de esta droga, y apuntaba, en especial, a una aceleración de esta tendencia desde 2006.

Así pues se ha producido un claro cambio en la producción y el consumo de la cocaína. La disminución en relación a la producción por parte de Colombia se ha visto compensada por el crecimiento enorme de su producción en Perú y Bolivia, que han desplazado a Colombia como los

grandes productores. Y, como hemos señalado, se ha producido una reducción dramática del mercado norteamericano. De modo que la cocaína de la América meridional, y en particular Bolivia, que se está convirtiendo en el primer productor mundial, busca sus nuevos mercados en Europa, en Argentina, pero sobre todo, en Brasil, que está llamado a convertirse en el primer mercado mundial en el futuro. De hecho, el mencionado informe de la ONU ya señala a Brasil como segundo mercado mundial de la cocaína y la Universidade Federal de São Paulo considera que el país es el mayor consumidor mundial de crack del mundo con 2.000.000 de adictos. En Rio Grande do Sul, de los 1.700 asesinatos promedio de los últimos años, la mitad están directamente vinculados con el crack.

Es un hecho que la cocaína de Bolivia ya está en las ciudades de Brasil y eso a pesar de que Bolivia, por boca de Evo Morales, no se considera ni país productor ni país exportador de cocaína. Sin embargo, la policía brasileña sostiene que la cocaína del país es peruana y boliviana, y los traficantes son bolivianos y brasileños. La droga entra por los ríos o en aviones y el tráfico no hace sino crecer.

En abril de 2013, tres taxistas fueron asesinados en Santana do Livramento, frontera con Rivera, Uruguay y al día siguiente otros tres en Porto Alegre, a trescientos kilómetros de la frontera. En este caso, lo que se puso de relieve fue el intenso tráfico de armas por la frontera brasileña. Basta señalar las dimensiones del problema al que se enfrenta Brasil que su Policía Federal tiene únicamente 900 policías para cubrir una frontera con 10 países cuando EE.UU, con una frontera mucho menor (Canadá y México, 5.525 millas y 1.969 millas respectivamente) emplea 21.400.

Así pues los distintos tráficos ilegales de la frontera brasileña constituyen un problema serio, difícil de abordar y con consecuencias relevantes para la seguridad interna del país.

La agencia Reuters ha denominado a estos desafíos fronterizos de Brasil su problema “gringo”. Las razones para justificar esta etiqueta radican en que mientras Brasil fue pobre y estuvo deshabitado las fronteras no constituían un problema. Como señalé líneas arriba, la pericia de Rio

Branco hizo que la amenaza exterior de los vecinos de Brasil quedase conjurada por una hábil diplomacia de demarcación fronteriza. De modo que no es sino ahora que Brasil se encuentra con un verdadero problema fronterizo, esto es con un problema de país rico y no de país pobre. Brasil, por primera vez en su historia ha de realizar un control de tráfico fronterizo frente a amenazas como las drogas; las armas; el contrabando; y los inmigrantes irregulares. La paradoja radica aquí en que este es el resultado de centurias intentando rebasar los límites hasta conseguir ser una enorme potencia moderna.

Para enfrentar este desafío Dilma Rousseff destinó en 2012 ocho billones de dólares a su estrategia de defensa fronteriza. Pero aunque los resultados en seguridad pública aún están por determinar, la detracción de ese dinero de políticas de mayor calado social se puede correlacionar con las protestas de este año 2013. Así, con cada acontecimiento nacional de este año, comenzando por la fiesta nacional del 7 de septiembre, ha surgido la protesta de la clase media que considera que los servicios del país no están a la altura de lo que se merece la población. Las causas de la protesta son las propias de un país rico: la corrupción; la calidad y precio del transporte; la salud; y la vivienda.

Estas protestas, inesperadas en un clima oficial de euforia, han puesto de relieve algunos de los límites sangrantes de Brasil. Así, la sexta economía del mundo ocupa lugares muy mediocres en renta per cápita; corrupción de su administración pública; y, sobre todo, calidad de su democracia. Brasil ha decidido enfrentar su problema fronterizo desde la perspectiva de la guerra contra las drogas pero, al hacerlo, necesita emplear recursos cuantiosos que habrá de detraer de la mejora del bienestar de sus ciudadanos. Brasil, el coloso sin límites, se encuentra, en medio de su éxito, limitado.

En suma, la conversión de Brasil en potencia mundial es el resultado de la realización, al menos en parte, de la vocación secular de un país que pronto cumplirá su bicentenario de ser la potencia y algo más de la América meridional. Sin embargo, el que Brasil alcanzara sus límites fronterizos ideales a comienzos del siglo XX y que coronara sus objetivos poblacionales y económicos a comienzos del siglo XXI no significa que

Brasil no tenga límites. Porque es precisamente esta nueva condición de potencia de Brasil la que señala nuevos desafíos para este país que, si no logra superarlos, limitarán definitivamente esa condición de potencia de primer orden que ya se apresta a celebrar.

#### Bibliografía:

Gerald J. Bender (1978) *Angola under the Portuguese. The Myth and the Reality*, Berkeley and Los Ángeles, California; University of California Press.

Blaise Cendrars (2010) *Le Brésil. Des homes sont venus*, París, Gallimard.

Euclides da Cunha (1983) *Os Sertões*, 2 vols., Oporto, Lello & Irmão Editores.

James Duffy (1967) *A Question of Slavery. Labour Policies in Portuguese Africa and the British Protest, 1850-1920* (1967) Oxford, Clarendon Press.

Boris Fausto (1999) *A Concise History of Brazil*, Cambridge, Cambridge University Press.

Gilberto Freyre (2013) *Casa-Grande & Senzala. Formação da família brasileira sob o regime da enomia patriarcal*, São Paulo, Global Editora.

Arthur Guimarães de Araújo Jorge (1999) *Rio Branco e as Fronteiras do Brasil*, Brasília D.F., Senado Federal.

João Medina (2000) "Gilberto Freyre contestado: o lusotropicalismo criticado nas colonias portuguesas como alibi colonial do salazarismo",

David Newman (2008) "Boundaries" en John Agnew, Katharyne Mitchell, and Gerard Toal, *A Companion to Political Geography*, Oxford, Blackwell.

Carlo Eugênio Nogueira (2012) "A conquista do Brasil central: Fronteiras e frentes pioneiras no século XIX", *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Universidad de Barcelona, vol. XVI, núm. 418 (9), 1 de noviembre.



Lúcia Lippi Oliveira (1998) “A conquista do espaço: sertão e fronteira no pensamento brasileiro, *História, Ciências, Saúde –Manguinhos*, Rio de Janeiro, Vol. V (suplemento), pp. 195-215, Julho.

Angel Rivero (2013) “Brasil, de isla imaginada a continente conquistado”, en prensa.

Henry David Thoreau (2010) *Caminar, Madrid, Árdora*.

Krzystof Tomasz Witczak (2003) “El río del olvido”, *Veleia*, 20, 355-359.